

El sol en la muralla

JOSE ANTONIO ABELLA

CON los últimos días del otoño, arces, chopos, castaños y aliantos han dejado caer sus hojas amarillas y bermejas. En lo alto de sus copas graznan las chovas al llegar la tarde, tiritan sus ramas desnudas y, tamizado por ellas, un sol invernal acaricia tibiamente la muralla.

Aunque levantados por la misma mano de Raimundo de Borgoña, no son los de Segovia, como los de Avila, unos muros orgullosos de su geometría vertical y sólida, rotundos y desafiantes como cíclopes de piedra. Son, como la ciudad misma, más sutiles, más endebles, más necesitados de mismo en la timidez que los hace ocultarse tras la orla vegetal que deja caer sus hojas en estas horas de otoño.

Para el visitante con prisa, deslumbrado por la tríada monumental que forman Acueducto, Catedral y Alcázar, nuestra muralla pasa tan desapercibida como mucha de las iglesias, plazuelas y jardincillos que, parafraseando a Peñalosa, hacen de Segovia una ciudad romántica más que románica. Ignorada por los turistas y desconocida por muchos segovianos que jamás se han detenido a descifrar las inscripciones romanas de sus sillares. Afortunadamente, los cuidados recibidos en los últimos años van sacando a la luz una parte de la belleza escondida por los enfoscados que, parche a parche, fueron cubriéndola en virtud a la ley del mínimo esfuerzo. Aparecieron de este modo las delicadas arquerías mudéjares de las inmedia-

ciones de la Puerta de San Andrés o, recientemente, las impresionantes bases graníticas de la sinagoga del Corpus.

Llegado a este punto del paseo otoñal, no deja de sorprenderme la reconstrucción de la Puerta del Sol. Acostumbrados a la norma de la piqueta demoledora, a los derribos indiscriminados que no distinguen entre una cubierta de uralita y un entramado del siglo XIV, es algo digno de análisis el que alguien se proponga reconstruir un arco destruido *gratuitamente* hace cien años. Subrayo el adverbio porque tanto la demolición de este arco como la de su hermano, el de la Luna —«que no hacían daño a nadie», nos dice Dionisio Ridruejo—, no respondió a ninguna necesidad, a ningún criterio lógico, ni tan siquiera a los derivados del desarrollismo preindustrial.

Por las estrechas callejuelas del Sol y de la Luna no se accedía ni se accede a una urbe decimonónica, sino a una ciudad medieval, por mucho que se la haya querido revestir con el maquillaje de la modernidad. Y para entrar o salir de una ciudad medieval no hay nada tan apropiado como un arco. Siguiendo los criterios de Kaplan y Kaplan (*Cognition and Environment*, 1982), misterio, legibilidad, coherencia y complejidad son los cuatro predictores principales de preferencia paisajística. Y un arco en la muralla es una puerta hacia el misterio. A uno u otro lado de su intradós nos aguarda la sombra o la luz, el recogimiento o la expansión, el an-

gosto entramado del casco antiguo o el espectáculo deslumbrante de la Sierra.

No parece que reparasen en estas sutilezas los urbanistas del preindustrialismo decimonónico, empeñados en amoldar los vericuetos medievales a la cuadrícula cartesiana. Todo obstáculo al ideal de las comunicaciones debía ser superado y la muralla, naturalmente, era el primer obstáculo.

Aunque el error fuera cometido hace un siglo, rectificar siempre es de sabios, y una reconstrucción que da continuidad a la muralla, que desvela su presencia y que, por añadidura, sirve de magnífico contrafuerte a un agrietado muro de la «sinagoga» del Corpus, parece algo bastante sensato, especialmente al comprobar que se han tomado como referencia los encintados de ladrillo y mampostería que aparecen a su lado, en la que fuera casa del último Rabino Mayor de Castilla. En mi criterio, si algo resulta cuestionable en la nueva vieja Puerta del Sol, es que su cúspide rectilínea e insulsa no parezca coherente, o haya tenido miedo de serlo, con el conjun-

to de la obra y con el ejemplo de la sinagoga colindante, cuya cornisa dentada habría sido un remate más acertado para un arco cuya mayor virtud es la de poder ser calificado de discreto, realizado con unos materiales y un estilo anacrónico en la época del hormigón y el vidrio pero que, precisamente por eso, pasará de puntillas a

nuestra memoria urbana, que es de lo que se trata; será capaz de mostrarse sin exhibirse, de integrarse en la rutina del tiempo, de convertirse en presencia cotidiana y necesaria.

Todo, sin embargo, es opinable; y las dudas suelen ser unos consejeros prudentes, especialmente cuando nos permiten proseguir el camino. Por mi parte, si alguna duda me quedaba, la continuación de este paseo bajo el sol otoñal ha terminado por

disiparla: tras la Puerta del Sol, al otro extremo de El Salón y como primer plano de uno de los mayores desaguiados en la Segovia de nuestro siglo, está la calle de la Puerta de la Luna... Toda comparación es odiosa, pero también aleccionadora. Quien tenga ojos, vea.

«Todo obstáculo al ideal de las comunicaciones debía ser superado y la muralla, naturalmente, era el primer obstáculo

”